

AVENIDA DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS.

EN SU ORIGEN, EL CAUCE DEL RÍO MAPOCHO SEPARABA LA ALDEA DE SANTIAGO DE LAS CHACRAS Y QUINTAS DE LA OTRA ORILLA. PERO EN 1817, BERNARDO O'HIGGINS COMPRENDIÓ SU POTENCIAL URBANO Y LO TRANSFORMÓ EN LA PRINCIPAL ARTERIA DE NUESTRA CIUDAD.

Por Sergio Martínez Baeza

El antiguo cauce del río Mapocho que, durante los años de dependencia de España, era llamado la Cañada y servía de basural a la ciudad, siguió siendo en los inicios de la República un sitio descuidado que ponía límite su lado sur. El antiguo cauce seco separaba a la modesta aldea que era Santiago, de las chacras y quintas que se extendían, con cierto orden, en dirección oriente-poniente, en su otra orilla. Don Bernardo O'Higgins, siendo Director Supremo de Chile, en 1817, comprendió la importancia urbana que podría tener este espacio, y decidió convertirlo en paseo público. El 7 de julio de ese año dictó el siguiente decreto:

“Se carece de un paseo público en donde puedan congregarse las gentes para desahogo honesto y recreación en las horas de descanso...La Cañada, por su situación, extensión, abundancia de agua y demás circunstancias, es el lugar más aparente para una Alameda”

De inmediato se iniciaron los trabajos. El Cabildo prestó su colaboración y proporcionó los recursos necesarios. O'Higgins trazo con su propia mano un croquis, que aún se conserva, con las características que habría de tener el paseo. Se ocupó a los prisioneros de la batalla de Maipú, al mando de un coronel de ingenieros. Debíó allanarse el terreno, trayendo tierra y piedras de otros sitios y se plantaron cuatro hileras de alamos, con dos pequeñas acequias de ladrillos. Para O'Higgins las obras merecieron una especial dedicación. Se le vio concurrir a diario a inspeccionar las obras y conversar con los vecinos en auténticas audiencias públicas.

En 1825, el Gobernador-Intendente de Santiago, don Francisco de la Lastra, dictó un decreto que dio al paseo el nombre de Alameda de las Delicias, que conservó por largo tiempo. Según descripciones de esa época, la Alameda tenía seis filas paralelas de frondosos alamos que formaban una ancha avenida central bordeada por dos acequias de aguas corrientes. Contaba, también, con dos calles laterales más angostas, para estacionar allí los carruajes y cabalgaduras de los viandantes. En los días festivos los "aguateros" sacaban agua de las acequias y regaban los árboles con baldes. A intervalos había artísticos canteros con flores y pilas de agua. Un conjunto de faroles alumbraban las noches oscuras, pero no se prendían en las noches de luna. A uno y otro costado se alinean las casas, la mayoría modestas, de adobe y teja, de un piso. Solo en la parte más céntrica comienza a haber casas de dos pisos, que pronto serán reemplazadas por edificios de mayor suntuosidad. Por 1859, aún existe la

capilla de la Soledad, que fundara la viuda de don Pedro de Valdivia junto a la Iglesia de San Francisco. El Convento de las monjas Claras, donde hoy esta la Biblioteca Nacional, muestra sus gruesos muros con altos ventanucos y grandes portales. Se mantienen las Iglesias de San Diego y San Lázaro y el convento de las monjas del Carmen Alto. El cerro Santa Lucía era aún un montículo rocoso, árido y abrupto con dos baterías instaladas en tiempos del Gobernador español Marco del Pont y bordeado de modestas viviendas. Desde 1820 fue cementerio de disidentes, a quienes no alcanzaban los beneficios religiosos, los "desheredados del cielo y de la tierra", como los llamó don Benjamín Vicuña Mackenna. Esta situación se mantuvo hasta 1871, en que el Presidente don Federico Errázuriz creó en el Cementerio General una sección de Disidentes, para sepultar a quienes las disposiciones canónicas impedían reposar en sagrado.

Con el tiempo, la Alameda sufrió cambios. Se eliminaron los alamos y se reemplazaron por cuatro hileras de olmos, encinas y robles. Se instalaron asientos de piedra y, en los días de Fiestas Patrias, Pascua y Año Nuevo, se transformaba en lugar de animados festejos populares. En su parte central, los puesteros llegaban con carretas engalanadas y montaban ramadas y chinganas, adornadas con banderitas, en las que se bebía y se bailaba la cueca. También se vendían artesanías y confituras de las monjas.

Pronto la Alameda se fue llenando de estatuas de próceres. Frente a la calle Nataniel estaba la de don Bernardo O'Higgins. Entre San Ignacio y Dieciocho, la de San Martín, después trasladada a su actual ubicación. Frente a la Universidad de Chile estaba la del Abate Juan Ignacio Molina, después trasladada a Talca para dejar lugar a don Andrés Bello y los hermanos Amunátegui. Ramón Freire y José Miguel Carrera estaban en su ubicación actual. Donde hoy se encuentra la estatua de Bolívar, en la esquina con Brasil, se encontraba la columna dedicada a los Escritores de la Independencia (hoy en la Plaza Artesanos). En el lugar que hoy ocupa la estatua a Los Héroes de la Concepción, estaba la famosa Fuente de Neptuno, que terminó por destruirse completamente.

La antigua Cañada, llamada "Alameda" a partir de 1817, pasó a ser "Alameda de las Delicias" y después "Alameda Bernardo O'Higgins", "Avenida Bernardo O'Higgins" y, por último, "Avenida del Libertador Bernardo O'Higgins", en tiempos más recientes.